

FERNÁNDEZ DE RIBERA, RODRIGO (1579-1631)

LOS ANTOJOS DE MEJOR VISTA

Volví de mi viaje, aunque breve, con mil circunstancias de alargar su relación —quien se atreviera aun a contarlas, habiéndolas pasado como yo—. Procuré desmentirme de cansado sacando fuerzas de lo que más traía, luego que me introducí en la calzada, volviendo el rostro cada instante a fuer de quien aguarda criados, o presumiendo de cuántos dejaba atrás — aunque fuesen los caminos, porque siempre fui yo el postrero en ellos—. Y en llegando a la puerta de la ciudad —que suelen las entradas de los pueblos ser el martirio de las cabalgaduras—, conjureme contra la mía para sacarla de su paso¹, que era lo mismo que sacarla de peña. Púsose a hacer aguas por mortificarme la intención, donde, a ser lugar sitiado, creyeran que era estratagema para entrarle.

Disimulé un tanto con franquear mi maleta a las guardas sin pedírmela, diligencia que juzgaron ellas por muy nueva, como yo la poca suya; o creyeron de mí que venía a la ligera (en todo lo que no era mula) o que quien traía aquélla no podía traer cosa buena. Mas ella quedó de lo desbebido tal, que fue necesario, para encuadernármela de lo despernancado² y abierto, llamar gente; y ésta, para poder llegar a ella, aguardar a que menguasen los esteros³ de la meadura.

Entreme sin agradecer la caridad, bien corrido, y no de la mula; que siempre me había traído mucho menos que andando, y creo que llegara primero en dos muletas. Vime de manera que, con tener casa conocida en que apearme, me valí de la posada más cercana y menos conocida, donde di con la alimaña maldita y luego conmigo en las calles a tomar certificación de vivo.

Encontrome a pocos pasos la iglesia mayor —que más posible juzgué esto que haberme yo movido: tal venía—. Llegueme a ella a dar gracias a Dios, aunque muy presumido de forastero y acompañado de mí mismo, que no era poco según me traía el dromedario que me trajo, porque en mi vida, habiéndome comunicado a mí desde que me conozco y a otros como yo, no he tratado con bestia que menos lo pareciese; cosa para mí de grandísimo enfado aun con este género de gente y pudiéndome importar. Porque siempre soy amigo de que cada uno haga lo que le toca, hasta las bestias; pues todo lo que no es esto o sabe a monstruo o es impertinencia, aunque cause admiración: el niño discreto envejecerá necio, peor es el viejo niño. La mujer hombre es insufrible, ¿qué será, pues, el hombre afeminado?

En fin, mi mula tenía acciones de persona, como unas que se usan. En todo se quería meter, hasta en los pantanos, por trasmano que le cayesen. De todo daba a entender que sabía y gustaba, como si fuera todo paja. Todo lo llegaba a oler, hasta las ollas de los mesones.

Tanto, que, aunque era mula, creía que venía preñada. Mil veces alzó el hocico y se reparó en el camino, que debió ser a hablarme; y me hablara sin duda, a saber que no era la primera que yo había oído. Pues, con esto, ¡no era porfiada! Una vez dio en saltar de un barranco como una torre, y se salió con ello y sin mí y la silla; y otra, de puro cortés sobre quién había de entrar primero por una laguna, me obligó, por no ser yo pesado, con su porfía y resolución a pasar delante.

Dejela, como digo— o dejome, que esto hacen los grandes males—, y fuime a la iglesia, no tanto mayor desta ciudad cuanto de toda Europa, por donde me entré haciendo calidad de lo polvoroso del camino y del desaliño bizarría, sin que me faltase el desacato de las espuelas —porque el humor de la caballería suele, en tales ocasiones, descendirse a los pies en el más hidalgo, cuando la nobleza es sólo hinchazón—, y registrándome de notable por los ojos de todos los que me querían ver, que pensaba yo eran todos.

Escaseé, en entrando, la agua bendita. Tomela de uñarada, santigüeme de escaramuza y púseme a rezar de puntería. Hice mis medidas en falsete, perfileme a lo estatua de pulgar en cinto y, elevándome a las bóvedas, desholliné sus arcos. Decendí a los pilares, cuyas cornijas fui cairelando, con que asenté plaza de arquitecto en relación. Derríbeme de barba a las sepulturas, repasé sus epitafios y di vista de curioso, sin entender sus letras más que las piedras en que estaban —porque hay infinitos presumidos en quien están así las letras—. Yo tomé unas entre ojos a quien debían haber llegado muchos como yo, porque estaban gastadas de sufrirlos.

Bregando estaba con ellas, cuando, de manos a boca —tal fue el suceso—, me hallé asaltado de uno que sólo debía tener de hombre el parecer que lo podía ser, porque andaba como los demás. Reducíase toda su cara a un pico de nariz, asomado por dos cortinas de cabello castaño oscuro a uno que debía ser rostro, abrigado en un pabellón de cerdas, entre una valona opilada —que ya no hay celos, ni se usan aun en esto— y un antojo de caballo en que traía encajada la testa, o un morteruelo de fieltro que le recogía el meollo —y aun debía sobrarle mucho sombrero.

Él era peregrino hasta en el ferreruelo, porque en lugar dél traía una esclavina de bofetán teñido, telliz de un arquipeto del uso. No le pude andar más del cuerpo, porque venía hecho a andar muy poco a poco y porque me embargó toda la atención su fisionomía, y no hubiera en todo un año para repararle de arriba a bajo.

Murmurome la primera cortesía y paguele en el mismo tono. En fin, lo que después vine a entender deste compuesto fue que el tal señor era un mixto de culto y bravo, no de lo desgarrado y vulgar, sino de lo circunspecto y respectable, como lo mostró en su conversación, tomando ora la espada, ora la pluma —aunque para mí lo mismo es un culto solo que diez bravos tigres, y más lo temo.

—Vuesa merced —me dijo— no debe ser deste lugar... No digo desta sepultura, sino desta ciudad; que hay hombres tan puntuales (aunque vuesa merced no será éstos) en la observancia de los términos, que tienen necesidad de lo muy material de las frases para darse por entendidos.

Congojeme de manera —y aun creo que me dio vaguido— cuando le oí quitar el bitoque a su facultad y vaciarse tan desperdiciadamente de concetuoso, que creí podría servirme el

epitafio y que había de ser del lugar de la sepultura, como él creyó que yo podía haber entendido su pregunta. Representóseme mi mula; y no sé si la quisiera más, pero no la echaba menos.

Discurrí con brevedad y ansia en qué palabra tan eficaz podría atajar de una vez las amenazas de su lengua.

Prosiguió él entretanto:

—Vuesa merced no podrá, aunque quiera, encubrir lo melancólico del genio —tal me debía ver—, que no suele ser pequeño el vicio de la alteza del entendimiento pues con tal ostentación ha elegido materia coadecuada a él —«¡Mala postema te nazca!», dije entre mí— y en que tantos doctos se han empleado. Pues a fe que halle vuesa merced aquí cuanto hubiere menester desto, porque es ciudad, la en que está, donde más vestigios ha dejado de sí la venerable antigüedad, y donde más ingenios tiene empleados. Bien que estos sarcófagos tienen más de piedad cristiana que de lo ostentoso romano, no se halla en ellos aquella petición tan repetida de *La tierra te sea liviana*.

Desvencijárame a este tiempo si no le dijera:

—Señor mío, ni en aquellos sepulcros, como eran del campo donde, o por la soledad o por la religión, no los pisaban hombres, ponían que los hombres también les fuesen livianos, que suelen ser mucho más pesados que la tierra, y aun le estuviera muy bien al señor prebendado que ahora nos tiene a cuestras la petición —no le quise dejar reparar en la aplicación, ni resquicio por donde se me entrase entonces, y proseguí muy apriesa—: Yo he acabado de llegar agora...

Pareciose que bastaba haber acabado de llegar, sin dejarme acabar de decir, ni dar paso en mi intento, y replicó:

—Vendrá vuesa merced de Madrid.

—Prometo a vuesa merced —dije yo— que ha tanto que salí de dondequiera que fue, que casi no sabré decir de dónde vengo.

—¡Sazonado donaire, por mi vida! —repitió él entonces, arregazándose de rostro y voz en lisonja mía, gustoso al desgaire en su ademán. Y prosiguió, diciendo:

—Tras tanto intervalo, ancianas nos traerá vuesa merced las nuevas de aquel país —¡como si hubieran tratado ya con él!—. Más frescas las tenemos acá; porque de muy buen original sé yo, y aun podría mostrarle luego —temí el descarte de la faltriquera, porque se empuñó en ella— que su Majestad, Dios le guarde, está ya bueno.

Y, soltándosele la vena, vertió cuantos humores tenía de nuevas, unas mentiras y otras casi. Desliose de gacetas, no sin sus pecados de estadista, que, a ir purgados de cólera, fueran tan disparates como con ella.

Volvió a decir, sin más averiguación:

—Viniendo vuesa merced de aquel lugar, todo le parecerá aldea, porque, como aquel es el centro donde la virtud está unida, tiene más fuerza; lo que no pasa en la circunferencia, que, como se dilata en más distancia, se desvanece.

A buscar me puse con el corazón y la vista altar donde, aunque *a longe*, pudiese encomendarme a Dios. Deshice el desvanecimiento con que me tenían mis fuerzas y mi salud, por lo menos entonces. Predíjeme mil desdichas. Consideré que yo me estaba con el pie en la huesa cuando aquella fantasma llegó, y que, según ella me trataba, sería imposible dejar de quedarme todo. Volvía él de cualquier

aliento que tomaba con espíritu doblado o endiablado.

Volvió y dijo:

—Pues a fe que está vuesa merced en la misma cifra de las ciudades, en un emporio y escala del orbe que no cederá la menor de sus grandezas a lo majestuoso y bizarro de Madrid.

Mil veces quise alentarme y desafiarlo, mil dejarlo y irme, que fuera lo mismo, si él no fuera hablador, porque todos los que lo son (como los miserables, por no dar) sufren, a trueco de hablar, mil desaires y afrentas.

Llovían sinonimos y granizaban sentencias (de mi muerte cualquiera dellas), sólo me consolaba con pensar que quizá no me referiría versos, aunque llegase a matarme.

—Jamás —repliqué yo— no me puse, aunque concurriese donde las ocasiones más me apretasen, a defender las calidades de los lugares, por ser esto y el tratar de años y linajes cosa arrojada y sin fruto; antes bien, tengo por poco cuerdo al que en ello se detiene más que lo que basta para no parecer inorante o muy ingrato a su patria.

Siempre me ahogaba con mis mismas palabras, volviéndome a la boca la mitad de las que iba a decir.

—Bien estoy con ese idioma —dijo él entonces.

Y aquí perdí yo de todo punto las esperanzas de escapar entero, porque vi que aun para los vocablos a propósito le faltaría espacio, y que si para todos los que de aquel porte podía decir se tomaba tiempo, no le habría en muchas vidas.

—Bien estoy con esa modestia —prosiguió algo reparado—, pero vuesa merced crea que, en sola esta santa iglesia, hay cosas que eceden a cuantas tienen Roma, París y Constantinopla.

—Vuesa merced —repliqué yo luego— advierta que en Constantinopla no hay iglesias, y que las que allí permite el Turco a los cristianos son pobrísimas. Pero ¿vuesa merced ha estado en esas ciudades que ha nombrado?

—No he estado —dijo él—, pero no importa; que ni puede haber en ellas cosa que iguale en mucha parte a las grandezas deste santuario, ni es razón que las haya.

Advertí que se cerraba en su parecer como gusano de seda para morir en él, y no le contradije porque no se encerrara o cerrara conmigo.

—¿Vuesa merced ha visto —prosiguió— algo de lo mucho que podría desta ciudad y desta iglesia particularmente?

Eché de ver cuán falto de memoria era, pues no se acordaba de que le había dicho que acababa de llegar, ya que no le echaba de ver en el traje. Y desconsolome lo que juzgé que hablaría repitiendo una cosa muchas veces quien, aun diciéndolas sencillas, no cesaba de hablar. Temile de mentiroso.

—¿Ha visto vuesa merced —dijo— un candelero de Tinieblas en que se ingieren las velas con que se dicen? Pues dos mil y setecientos y treinta y seis quintales, docientas arrobas y diez libras de bronce tiene, y... creo que cinco onzas.

—Poco cree vuesa merced de tanto peso —repliqué yo. Pero todo me lo echó encima cuando me lo acabó de decir; y sin dejarme respirar, aunque dejó el candelero, prosiguió:

—Pues, si vuesa merced aguarda a la Pascua Florida, que bien podrá por esto sólo —y era por San Juan—, verá un cirio que de sólo cera, sin el pábilo, que es de algodón de la India de Portugal y se trae para solo esto cargada una nave...

Ahorrele la traída de la cera y quedeme a descansar entre tanto algodón diciéndole:

—Mucho he oído notable de la riqueza y suntuosidad que vuesa merced me alaba, y siempre a cada uno más; con que parece no podrá venir a menos. Y pienso, queriendo Dios, negarme a otros negocios y esperar, así a ver eso como la semana Santa, de que he oído notables encarecimientos.

Esto le dije porque cortase el hilo a su relación, que por sus pasos contados se me representó que había de parar allí.

Dijo que estaba ya acabado, y aun con un pesar extraño y castañeo de lengua exclamó:

—¡Ah, señor, eso está ya perdido! Ni van mujeres a la iglesia, ni andan por las calles el Jueves Santo en la noche.

—Pues, ¿qué dejara vuesa merced para cuando fueran — repliqué yo con algún enfado—, si a cosa tan santa y loable llama perdición?; que grandezas mayores y más verdaderas que ésa se habían de perder por escusar la menor ofensa de nuestro Señor. Mire vuesa merced si era una sola la que se cometía y si se ha quitado, por escusarlas, más que la comodidad de los hombres para sus disoluciones y torpezas; que a las mujeres no les tenga vuesa merced lástima, pues, apenas dicen han pensado que amanece el Viernes, cuando, saliendo de represa, se esquitán de inundación: que no parece sino que se han abierto las cataratas de los cielos para echarlas de sí —a las profanas digo— o que se han soltado novecientas mil legiones de urracas, habiéndole dado a la noche hartos pelliscos antes de encerrarse el Jueves. Él ha sido un decreto santísimo, y obra del Cielo ejecutada de tan santo Prelado; y para mí, la mayor grandeza que tiene hoy Sevilla en esa parte es, lo que tantos hallan por inconveniente y vuesa merced tendrá por menoscabo, el hacerse en ella sola lo que en ninguna otra ciudad o pueblo de la cristiandad en mayor servicio de nuestro Señor. Y no es

circunstancia menos ponderable su ejecución tan de improviso y con tanta puntualidad y obediencia, siendo cosa tan grande y tan arraigada en la costumbre general y antigua.

—Vuesa merced tiene razón —me respondió no sé si satisfecho, pero yo lo quedé; cuando no fuera de haberla dicho, de haberle hecho callar aquello poco.

—Con todo eso, vuesa merced no salga —prosiguió—, suplícole, de aquí sin subir a la torre, siquiera para dar principio a lo que piensa ver, y podrá decir que ha estado engastado en una maravilla que escarnece las siete más memorables. Acompañarele con mucho gusto.

El acetar el consejo por tomar aire y aguardar la noche en sagrado, y el arrepentirme temeroso de su compañía fue al paso que él me fue dando lo uno y ofreciendo lo otro. Fume cercando con una mudanza de zarabanda antigua para tomar el lado izquierdo, y yo, creyendo (no sé por qué, conociendo mi poca dicha) que era despedimiento final, comencele a hacer mi cachumbeado y encorvamiento con mi sacudido de dedos. Cejose un rato entre los dos, ceceose mucho de pies, pedímonos limosna con los sombreros, hasta que, habiéndose torneado muy a satisfacción, yo me di por entendido —aunque soy un tonto— de tanta benevolencia y por rendido a su cortesía. Con que, por recién venido, con su reverencia de pie quebrado me dio el lugar de los escogidos (¡como si no me llevara para condenado!).

Que cierto será asirme aquí y detenerme algún criticón, y preguntarme por qué no escapé de tanta angustia al principio, con decirle a este vestiglo que ni venía de Madrid, ni había estado allá en mi vida, ni aun allí quisiera estar, y que era de Sevilla. Sabiendo el tal que hay muchos que, a truco de parecer de otra parte que de donde son y que vienen de la Corte, se dejarán atenacear o sufrirán a un culto.

Dejamos, pues, la iglesia, y yo bien pesaroso de no haber señalado el lugar en que me encontró aquel hombre para que rogasen a Dios por mí y se guardasen los venideros. Entramos en la torre con las cortesías algo apagadas por ser de relance, aliviados un poco de las *mercedes* y casi a vista de los *voses*. Y dando principio a la subida, me dijo:

—Pues ¿ve vuesa merced esta torre? Otro tanto tiene abajo como arriba —yo creí que me había de hacer decendir allá, y me holgara, como fuera sin él—, y los cimientos llegan...

Escusele la mentira en el encarecimiento, y atájesele diciéndole que ya había oído decir que a Triana, creyendo que él no pasaría del río (como lo hizo).

Afirmó que no tenía escalera por ninguna suerte (palabra fue suya), y díjele:

—Débenla haber quitado para decender a lo bajo.

Refirió de no sé qué reina que había subido (pienso que en una abada, y por gran maravilla, como si hubiera estado paciendo, que, en llegando arriba, reventó), con otras mil particularidades: unas que yo iba viendo y él pudiera escusar, y otras que no víamos y yo no había de creer. Es cierto, con todo eso, que así la torre como lo demás de aquel sagrado templo es ilustrísimo, rico y famoso entre todo lo que tiene más nombre en la cristiandad dedicado al culto divino.

Llegamos a la pieza de las campanas, habiéndose aprovechado la subida y descansos de ella en la alusión del camino del Cielo, y las ayudas de costa que Dios daba para él, cuán cuesta arriba se les hace a los malos y cuán fácil a los buenos la Escala de Jacob, sin dejar a San Alejo, ni el libro de Santa Escalera, todo con sus glosas, comentarios y moralidad. En fin, no sobró cosa cuando llegamos a lo alto (dos dedos de envidia llegó a deber mi amigo al pasto del ratillo).

En viéndome allí, desencogí la vista por aquellos tendidos espacios que se descubrían. Pero ¡Dios nos libre, qué hace la Ocasión, y cómo ella sola, por leve que se ofrezca, a la imaginación dispuesta basta para que se precipite en sus discursos con peligro de praticarlos! En un instante, no hube mirado la profundidad del suelo y la altura en que estaba, cuando pensé entre mí si vendría a apurarme aquel monstruo tanto que, por no sufrirlo ni detenerme en decender, me arrojaría de allí abajo.

Esto meditaba, no sé si temiendo de ver que callaba (novedad prodigiosa, o tomaba carreras), cuando le vi apareado con otro hombre (de mi constelación sin duda), que estaba mirando de ostentación. Tenía a lo melindroso con los dos dedos apuntalados unos antojos que traía a la jineta sobre una alcayata de nariz, que tenía clavada en uno como rostro; que apenas se la vi, cuando me pareció esmeril en cureña trastornada, y creí que había disparado en mi pedagogo, pues le había hecho callar. Estábaselo él mirando atentamente y escuchando algunas palabras que el otro hablaba no sé si entre dientes (porque salían de entre muchas barbas): muy bajo hablaba.

Fue necesario llegarme, no tanto a alcanzar parte de la plática y acercarme a la novedad que me hizo el de la torre, cuanto a ver si era muerto mi compañero o estaba espiritado; que sólo esto pudo persuadirme le pudiera haber quitado la habla.

Saludé al recién hallado (y pudiera aprovecharle, si el otro le hubiera comenzado a hablar). Era de los que tienen la lengua en la cabeza y respondiome con ella y a riesgo de los antojos. Yo tuve por cierto que estaba mostrando a callar a mi amigo y dejelo por un rato que duró la suspensión de los tres, en que yo tuve lugar de contemplar a mi antojado: tal le miraba por arte y naturaleza.

Él tenía mil vislumbres de trasgo; era todo una sotanilla forrada en un alambique de huesos y hecha de la quintaesencia de la bayeta; y no debía ser luto, así porque todo el pelo del vestido lo había gastado en las barbas su dueño, cuanto porque ella se estaba riendo toda; si bien esto no es cosa nueva en los lutos más recientes. Brujuleábansele por las goteras dos estacas muy largas que lo sostenían, metidas en dos chalupas de baqueta, que debían ser las piernas y los pies sin duda. Un semimanteo de la misma especie estaba encargado de cubrir toda esta máquina, aunque no de vergüenza, porque en mi vida vi cosa más raída; pero él hacía mucho en encargarse de tanto. Tenía la barba y la cabeza mosqueada de canas, bien empleadas por cierto. El acabarlo de recorrer dos o tres veces, el venirle a mi camarada el apoyo de hablar, y el quitarse los antojos nuestro esqueleto y limpiarlos muy de espacio, todo fue uno. A la par fuimos a hablar todos, y a la par habláramos, si el deseo que en los dos había puesto el talego de trebejos no nos obligara a callar por oírle.

—Vuestas mercedes, caballeros —dijo él—, si no han visto otra vez este sitio, bien se habrán desengañado de que es igual su estrañeza a la opinión en que le tiene la Fama acerca

de los ausentes, y con razón por sus circunstancias, del más superior, artificioso y apacible que de su género se halla hoy en pie.

—Por cierto —dijo mi Acates (que, como hablaba de ventaja, íbame siempre delante) —, vuesa merced, señor, tiene mil razones; que, aunque yo he subido aquí algunas veces, siempre hallo qué admirar de nuevo.

—Pues bien pensarán —replicó el Licenciado (llamémosle así de aquí adelante, que a muchos se lo dicen más sin propósito)—; bien pensarán, pues —replicó—, que han visto algo —esto dijo entonándose de voz y desgarrándose de labio a lo risueño—. Pues adviertan que no han visto cosa deste mundo («Y aun del otro — quise decirle— la hemos visto en vos»).

Mirámonos mi amigo y yo, y fue mucho no desatarnos de risa; el que mejor pensó de nuestro Licenciado fue que estaba loco. Él se enojó en profecía (o nos entendió, por buena razón), y, subiéndose de punto, dijo: —La verdad es que no ven, ni saben lo que ven, aunque están mirando, y yo ¡es nada lo que veo agora!

Mi camarada que, como dije, estaba tinto en bravo de su esfera y se tenía por tanto, tuvo esto último del «nada» por pulla legítima, y lo demás por pesadumbre bastarda, y con poder mío respondió:

—Sin duda que debe estar primerizo en tabaco o ser muy baqueano del vino ¡Vive Cristo que el que aquí ve menos, que soy yo, ve, durmiendo, más que él cien veces —y si dijera «habla», dijera bien—, y que puedo verlo a él —y no hiciera poco— y a todo su linaje, aunque se hagan mosquitos y se metan en una cuba, y la cuba esté en un sótano y el sótano en los profundos del Infierno! ¿Qué nos está aquí quebrando la cabeza con «ven» y «no ven»?

Desensartándosele iban a mi cultivaliente muchas palabras de este tamaño y algo mayores, cuando al Licenciado se le fue mudando el color en otro más malo (¡vean cuál quedaría!), y, engullendo saliva, se fue rehaciendo de paciencia —no sé si fue de prudente— hasta que, vuelto en sí (que nos pareció era lo peor en que podía estar), dijo:

—Ahora, señores, no son vuestas mercedes solos los que, viéndose en tanta alteza, se desvanecen de manera que no conocen lo que dejan abajo ni aun tienen arriba, como no han subido por escalones conocidos. Aunque yo creía que era sola acción de estos badajos que acá viven, si bien ellos se pueden desculpar con que éste es lugar suyo y viven del aire.

«¡Adobándolo va! —dije entre mí—. Paréceme que ha de pagar la badajada volando».

Y él prosiguió:

—Vuestas mercedes no ven, y están ciegos.

Aquí creí que mi amigo diera por esos aires con el cencerro de bayeta, aunque debió aguardar a hablarlo todo primero y a sustanciar la causa; pero perdígole de caída, porque lo asió arrebatadamente del brazo y, asomándole a una ventana, le dijo:

—¡Venga acá! ¿Aquéllas no son calles? ¿Aquellos que van por allí, no son hombres de a caballo y de a pie? ¿Aquél no es río con navíos y barcos? ¿Aquél no es campo? Pues ¿qué quiere?

El Licenciado se puso sus anteojos con flema y tiento, y, habiendo trasegado con la vista cuanto ella alcanzaba, volvió a envainarlos en la caja muy de espacio y a decir, al son de un saltarelo que tocó en ella con los dedos:

—Vuesa merced se engaña, señor de mi alma; y si su compañero no ve más que vuesa merced, bien pueden buscar dos bordones y quien los decienda de aquí. Lléguese acá vuesa merced —me dijo a mí—: haga esta experiencia y esamínese de ciego.

Dispuesto estuve a decir que no vía cosa, o que vía lo que él, como les acontece a muchos en este mundo, tan cobardes de elección y encogidos de pareceres propios, que sólo determinan por la vista de otros. Casi me dispuse a darme por ciego confirmado, y hiciéralo si no temiera la cólera de mi compañero; pero llegueme a la misma ventana y, teniendo visible cuanto el otro había dicho, añadí al Licenciado:

—Señor, ¿es posible que aquélla no es plaza, y que aquéllos no parecen ministros de justicia, los otros negociantes? ¿No deben ser escribanos los otros, que se dan a conocer a cien leguas? ¿Aquellos no son frailes? ¿No andan coches por allí, y por acullá mujeres?

—Vuesa merced —me respondió— es más capaz, por su mansedumbre, de toda buena doctrina. Y porque es menos presumido, hágame merced de ponerse estos anteojos: verá las cosas en el mismo ser que son, sin que el engaño común le turbe la luz de la vista más importante.

Tomé los anteojos con buena ansia de probarlos, y luego eché de ver en lo pesado y claro (pareciéronmelo) que me habían de decir la verdad.

Apliquelos al ministerio, pero, apenas usé dellos, cuando, asombrado, creo que se me deslizó un grito; y no fue mucho, porque lo que se me representó a la vista fue tan extraño, nuevo y prodigioso, que escandalizara a la misma torre, y aun le hiciera dar saltos atrás, si, como tiene lenguas, tuviera ojos.

—¿Qué es esto, señor Licenciado? —le dije—. ¿Dónde estoy?

—En su juicio —respondió él.

—No creí que tenía donde estar —dije.

—¿Ve agora? —me replicó.

—Veo cosas notables —le respondí.

—¿Qué ve? —me dijo.

—La misma plaza —volví a decir— que antes, pero llena de buitres y de cuervos, milanos y águilas y palomas, todo barajado.

—¿Ve cómo no vían? —dijo él entonces— Pues éstos le parecían unos, escribanos, otros, procuradores, y otros, ministros de justicia entre quien andaban los negociantes, que eran esas palomas, a riesgo de dejar la pluma entre plumas. Porque las de algunos son como las de la águila, que dicen consumen las demás que se ponen junto a ellas.

—Mire vuesa merced. Mire —le dije mostrándoselos— qué de pescadores de caña aguardando lances en lo enjuto.

—Y diría antes —respondió el Licenciado— que eran alguaciles que estaban aguardando negocios y ejecuciones y «peje o rana a la capacha», sea el que fuere. Pues mire junto a éstos unos que no podrá decir que son hombres, y si no tuviera antojos, dijera que eran diablos fingidos, y son corchetes verdaderos: menos que hombres y más que diablos.

Mi camarada nos oía tan cerca de correrse de la que en su imaginación tenía por burla, que no hablaba palabra. Y yo me comía las manos tras la vista.

Ofrecióseme a ella el verdugo, que entraba por una puerta de la ciudad en un jumento de algún justiciado, y díjeselo a mi maestro de ceremonias.

Él me hizo quitar los antojos y mandó que volviese a mirar, y díjome:

—¿Qué le parece agora?

—Que es un médico en una mula —respondí. Y así era, y aun me temblaron las carnes.

—Advierta —me replicó— cuán engañado está, pues siendo un verdugo sobre un jumento, lo tiene por médico.

No quiso dejar mi amigo, por despechado que estaba, apagar la chispa sin encender su sutileza para alguna apotegma, y dijo mesurado:

—Ahí no fuera mucho el engaño de ese caballero, que todos matan con licencia. Y el borrico podría ser algún praticante o novicio de la matanza. Pero, a fe de hombre honrado —prosiguió, enderezándose (que estaba arrimado a la ventana)—, que no sé qué muestras han visto vuestas mercedes en mí para pensar que puedo tragar chanzas tan averiguadas, y que no ha de embarazar lo negro de la capa para echarla al hombro, ni la profesión de las letras embotar el ánimo de quien siempre debe tener presentes las obligaciones con que nació. Ni vuestas mercedes podrán hacer de mí lo que el Cielo no fue servido de hacerme —que fue inorante— y que tengo más de un curso de pícaro —y quién duda que estaba graduado— y que he probado mi intención en facciones de hombre de bien.

Adjetivó la saña con su poquito de tentación, o ilusión, de hoja; aunque no pasó de juramento de pomo.

Calló y callamos al principio todos, tirios y troyanos; pero yo, que me iba tomando tan de majadero como él —aunque allí todos lo eran, y no es mucho cualquiera enojo, y más si cae en sujeto que tiene la enfermedad en la cutis— y me cansan siempre avalentamientos, viéndome brindar y queriendo responderle, puse en él los ojos. Pero, en lugar de un hombre con tanto aparato de palabras y en postura ya de mohíno, vilo ¡oh Cielo santo! una gallina

de su tamaño, sin que le quedase de lo que antes era más que una espada, una daga y unos bigotes de puente de vigüela; y tenía más que gallina otras dos alas en los pies.

Estuve luego por ojearlo, y acordeme de que no me había quitado los anteojos; con que atribuí a la eficacia verdadera de su virtud el desengañarme de lo que son todos los que remiten la valentía a las bravatas, vestidos sólo de apariencia de hombres.

Quiteme los anteojos y, sin valerme de mi seguridad con lo que había visto, para otra demostración, le dije:

—Vuesa merced no tiene razón de arrostrarse tan contra sí, pues, ni de vuesa merced se podía hacer escarnio, ni el señor Licenciado y yo somos tan locos o tan amigos de vuesa merced —y creo fuera lo mismo— para apurarle con tantas burlas, si éstas lo fueran. Bien que vuesa merced nos ha tenido por uno o por otro, pues se ha arrojado sin más prueba de su agravio, para hacerla de nuestra paciencia. Vuesa merced experimente la novedad de estos anteojos y se los ponga: verá con puntualidad lo que quisiere, sin que se le escape un ratón ni un átomo.

Púseselos en la mano, y él, sin hablar palabra (que no fue poco), en las narices. Deslindose algo a lo nazareno las melenas, y dejose con ellos a oscuras toda la cara. Púsose a la ventana y, comenzando a mirar, comenzose a fruncir de hocico en pucheros y a dispensarnos cualque escrúpulo de risa, a lo mona.

Compúsose de flema el socarrón del Escolar y díjole, poniéndole la mano en el hombro:

—¿Qué ve agora, por vida mía? ¿Qué ve el valentonazo, el enojado? —Y prosiguió, mirándome a mí y a escusas falsas del otro—: Como un César debe ser el hombre.

—Que tienen —respondió él— el Diablo en el cuerpo los anteojos: hasta unos erizos que están en un corrillo a la puerta de no sé qué iglesia, se echan de ver como si anduvieran por este petril.

—Pues éstos son —dijo el Licenciado— los que quieren parecer a las gentes, o los que parecen cultos porque ellos lo dicen. Mal vistos aun de sí mismos, y aborrecidos cuanto bien vistos de los verdaderamente doctos y prudentes. Bien vistos llamo, porque los conocen bien. Hombres o erizos, como vuesa merced ha visto, animales intratables aun unos con otros. Todos puntos, sin que se les parezca otra cosa. Embebidos en sí, que lo mismo es en sus opiniones. Ni sabréis si andan atrás o adelante, dónde tienen la cabeza o dónde la cola; faltándoles lo que atribuyen bueno a este animal los señores naturales.

—Ella es enfermedad, señor Licenciado —dije yo—, como las bubas: tanto porque es general de tantas maneras y pegarse hoy, cuanto porque todos la niegan. O un delito; que el que más le reprehende en otros más le comete él mismo, sin confesarlo alguno. Con que más parece facultad de ocultos que de cultos: tan odioso es el abuso della.

Había hallado mi compañero su azar a trascartón y, echando las compuertas a las quijadas, dijo severo: —Estas son tropelías que tienen no sé qué de escandalosa superstición. «¡Harto más tropelía es vuestro trato, maldito seas!» —dije yo quedo.

Y él prosiguió:

—Vuestas mercedes miren en buena hora; que yo a mis ojos me atengo, que tienen más seguridad. Apartose y yo no ví la hora de volverme a encajar en los anteojos, y, así, se los tomé de la mano y me los puse.

Y adviértase que nunca mudó figura el Licenciado, porque aquella debía ser la suya o porque tomaba la que le estaba mejor cuando quería.

Representáronseme, entre otras cosas, algunas mulas, con sus gualdrapas y sin sus dueños, que llevaban de reata a unos hombres. Preguntele a mi Licenciado que qué era aquello, y respondiome que éstos sí eran médicos, y que no parecían porque no era menester; pues lo mismo era andarse a curar ellas o creer que ellas eran las que andaban curando, pues eran las que trabajaban llevándolos a ellos; y que, por no andarse sueltas, llevan los mozos atados a las colas.

—¿Quiere vuesa merced saber —dijo algo encendido (y aun debió experimentado)— cuán mal empleado es el dinero que se les da a éstos, que aun ellos tienen vergüenza de llevarlo, y se vuelven de espaldas para recibirlo?

—Eso debe ser —repliqué yo— porque como andan siempre hiriendo y matando, andan huyendo siempre.

—Lo mismo que de las mulas de los médicos verá vuesa merced —prosiguió él— de algunos caballos muy bien aderezados y no mal mantenidos (¡dicha de bestias!), que discurren solos por el pueblo, y cómo por ellos son sus dueños caballeros; unos, porque no lo parecen, no parecen; y otros, porque no lo son, no se pueden ver, o porque son nada; y muchos quizá saldrán que vengan caballeros en sus dueños; que es al revés a la vista del mundo, y a la de esos anteojos es andar al derecho. Y, asimismo, verá vuesa merced ahí, en algunos coches que ve —y así era verdad— vacíos, que, mirándolos simplemente, van rellenos de personas, pero vistos de esta manera, alguno que verdaderamente las lleva es carro de basura.

—¿Vuesa merced no ha visto —le dije— unos como hombres que, a pares, andan incensando el lugar, ensartados en unos espinazos, creo que de rocines, o todo junto; unos centauros —estábalos mirando— que, rodeados de podencos, parece que andan buscando caza por las calles, como pudieran por Sierra Morena?

—Y aun hacen bien —respondió el Licenciado—; que aquí la hallan mejor que allá, porque se tira con más descanso y sin tanto ruido y gasto de pólvora. Esta es la gente más despechada y melancólica de la república; siempre anda tomando penas y deseando causas de hallarlas.

—Ésos, fieles son —dije yo.

—No digo tal —respondió él—. Vuesa merced los tenga por lo que le diere gusto, que yo soy poco maldiciente; y crea sólo lo que viere con tanta certeza.

—Vuesa merced me diga —le repliqué (mirando acaso hacia lo que creo llaman los Tagaretes, y viendo lo que diré)— qué sabandijas son tantas como parece va engendrando la lama de aquellos lodazales, que apenas se engendran, cuando ya están crecidos. Andan

oliéndose unos a otros y luego se muerden. Son grandes para sapos y escuerzos, aunque todo es chirriar como ranas.

—Yo, señor mío —respondió—, agora, con la vista en cerro, júzgolos por personas que andan riñendo unas con otras y dando voces, sin más adorno y aliño que su presunción, según se echa de ver, poco más a menos. Pero mire vuesa merced, ya que tiene con que no se engañe, y sean perros o ganado de cerda, que suele andar por esos sitios buscando aquéllos qué roer, aunque sea unos a otros, y ladrando siempre, y éstos hozándose las pisadas y rozándose a veces, y siempre gruñendo.

—Ni lo uno ni lo otro pienso que es, y parece a todo —dije yo.

—Pues sin duda que son poetas —replicó él.

Postema de poesía secreta tenía mi amigo en el estómago, y apenas le tocaron, cuando se le reventó y, revestido de un jabalí, se puso entre nosotros y dijo a nuestro relator:

—Señor Dotor, o Licenciado, trate las materias con decoro, que cosa de tan superior alteza como la poesía no se ha de traer, ni ella ha de andar, por los muladares. Pero caso es terrible que se hayan hecho camino de carretero para la maledicencia y mordacidad del más servil ingenio de los poetas y las doncellas.

—¡No le abrieran ellas primero! —dije yo.

Pero, sosegándose un poco el de la torre, le respondió:

—Si vuesa merced, señor mío, está poseído deste furor, no creerá que es de los malos poetas. Y yo aquí no hablo de los buenos: a lo menos entre los que aquí ha visto este caballero no parece que puede haber salido poeta bueno, siendo todos sabandijas, como dice. Y no sé yo por qué vuesa merced no se vale de lo que todos los reprehendidos deste mundo, repartiendo entre los otros lo que oye, sin darse por entendido de que le cabe cosa a él de cuantas oye reprehender en los otros, haciendo esto muchas veces aun el que las tiene todas.

Metí el montante, sin creer que quedaba más de poesía, preguntándole a mi Licenciado quiénes fuesen unos pájaros que se entresacaban destos animales y se entremetían con otros a quien seguían con anhelo, porque los otros huían con mohína y parecía que amortajados.

Dudando estuvo él la solución un rato, temiendo volver a la brega, pero en fin dijo (porque era tentado por decir, si bien en todo era celoso y puntual) que aquella era verdadera especie de quebrantahuesos, y que, si no tuviera antojos, me parecieran unos poetas que hay, tan pesados e importunos, que si se zurcen con un hombre no le dejarán en un día repitiéndole un soneto, dándose él, como todos los demás a quien sucede este mal, por tan muertos, que van ya prevenidos de mortajas; habiendo algunas destas aves, o los que representan, que por lograr una décima acabada de salir del horno se irán a Santi Ponce a buscar un alcalde a quien referísela, si no conocen otro que los sufra, y si no está en el lugar, le aguardarán ocho días a la puerta. Y tal se halla que hará detener una rueda de molino para decirle tres o cuatro mil octavas en alabanza de un rábano, aunque lo tome por las hojas; si bien éste no haría tanto daño, por lo que podría suplir de molienda.

Admiraba yo, entre todo lo que vía y entretanto que él hablaba y se pudría mi amigo, las mujeres en su misma figura, y preguntele la causa.

Respondiome:

—Ésas, señor mío, mientras más parecen mujeres más se dan a conocer; y, así, no fue necesario mudasen de apariencia; fuera de que ellas mudan tantas formas, que tomó por expediente quien labró los antojos que fuese regla general la de la vista con ellas, dejándolas para mujeres, pues no se puede engañar quien así las echare de ver. Como los estudiantes, a quien vuesa merced, con antojos y sin ellos, ve andar como estudiantes, o como ellos quieren, que es como licenciados; nombre muy propio, a pesar de los más atentos, en todos los que traen hábito largo, pues luego que se le ponen, toman licencia todos para cuanto quieren, y muchos le toman para tomarla.

Sacudiose de su silencio a este punto mi misterioso, y dijo colérico:

—Por ningún camino he de consentir a mis oídos cosa que disuene. Y las malicias son de ánimos viles; que hombres hay de hábitos largos que son muy buenos ministros de su profesión y cuya modestia particular contradice cualquiera general calumnia. Y pudiera vuesa merced callar por sí.

Tan en los estribos como él, le respondió el Licenciado:

—Caballero, yo, gracias a Dios, me precio de su verdadera ley y la profeso con toda pureza, y venero toda virtud aun en hábito no tan propio como éste, sin hablar aquí de los que la profesan. Ni siento entrar a la parte de los que entiendo, si entiendo bien, ni estos antojos sirven de injuriar, sino de advertir y verlo todo sin engaño ni malicia.

—Vuestas mercedes, con todo eso —dijo mi piadoso amigo—, sincopeen de la demás narración las cláusulas que no tuvieren toda lisura.

Quísele a esta sazón traer a la memoria la perdición de la semana Santa. ¡Oh, cuántos hay, válame Dios, que contradicen lo malo sólo por tener la contraria, y no por aprobar lo bueno! Y ¡cuántos aprueban lo bueno porque no llegaron primero a lo malo! Y ¡cuántos no saben lo que aprueban ni lo que contradicen, y son como mazos de batán que el uno cae porque el otro levanta y, así, al revés! ¡Un millar de batanes era mi amigo!

Dejolo el otro, y prosiguió conmigo:

—Vuesa merced advierta que así de los estudiantes como de las mujeres, son muchos demonios infernales, que no mudan forma en los antojos por hacerse visibles andando en aquélla.

—Señor Licenciado —le dije mirando hacia el río y diciéndole lo que vía—, parece que muchos de aquellos navíos tienen echadas las redes por la orilla (que yo creía eran sólo anclas) y que todo es tirar lances.

—Los más de aquéllos —me respondió— son de extranjeros, y aunque sin antojos no se echan de ver, ellos son más sutiles que las redes, pues no se les encubre que no hace esta

gente sino pescar desta ciudad y de las demás de España (porque no vienen a otra cosa) el oro y la plata que llevan a su tierra.

—¿Cómo se consiente en la ciudad —le volví a decir, viéndolos— tantos bueyes y carneros por las calles? Y más faltando carne tantos días ha.

—¿No ve vuesa merced —respondió él— que son maridos? ¿No basta ver con tanta claridad, para que discurra con acierto? ¿No ve que están en su hábito esos hombres, que no quieren engañar a nadie?

—Y morirán en él —dije yo.

—Mire vuesa merced allí dos o tres yuntas —prosiguió— que andan arando para dar pan a quien sus mujeres dan carne, porque uno de los capítulos de su unión fue ser amigos de amigos y enemigos de enemigos: al fin son maridos de bien y mal tratar, como vasallos de Aragón.

Volvíme a mis vistas, si bien se nos iban acabando con la tarde, y juzgué por más admirable que todo, y aun por portento, el discernir con toda claridad una colmena con sus abejas. Recurrí a mi hombre por declaración de el misterio, y dijo:

—Esa y otras muchas colmenas hay en la ciudad, y son las que en el mundo tienen, y se frecuentan, por casas donde se juega, y donde las abejas son los tahures que andan a buscar flores o dineros, hurtándolos las más veces, u todas, pues los quitan a las obligaciones justas (que cualquiera lo es en comparación de esto), de aquí y de allí, sólo para dejarse en casa de el coimero, que ellas no sacan ni vuelven gota de miel fuera. Y son tan miserables éstos, para todo lo que no es llevar allí, como aquéllas; y si no, llegue a pedilles un pobre dos maravedís, y le darán la picada que lo dejen muerto con la mala palabra, y aun a la mujer y al hijo. Pues los riesgos con que se conserva esta casa o colmena son estraños, y en fin la vienen a castrar otros, que son los jueces, que se llevan la miel y no los corchos porque quede enjambre; o los osos, que son los diablos, y lo mismo, y no dejan miel ni casa, que todo se lo llevan. Pues mire vuesa merced, que bien creo podrá con los antojitos, cuántos zánganos andan por allí, o mirones, con importunidad y cudicia. Pero advierta vuesa merced no se engañe en infinitos otros zánganos terrestres que verá andar barriendo el suelo como éstos revolando por el aire; que aquéllos son pobres fingidos que andan hurtando la limosna a los verdaderos, como éstos la miel, y cuya diligencia es buzo de la bolsa más profunda e intratable. Y, porque no puede oírlo, considere en esas casas el rumor, el bullicio o el zumbido de porfías, voces, contradicciones, juramentos, mentiras, contaderos de suertes, estornudos de tabaco. Y por desculpar a los que, siendo colmenas ésas, les parecen casas de garitas, a las colmenas llevan flores, materia de que se hace la miel, y en esas casas no se trata en otra cosa, ni se gasta, sino flores.

Estimé la semejanza y puse los ojos en algunos gigantes que andaban por las calles, de los que sirven a la fiesta del Señor, y preguntele a mi Licenciado que cómo habían sobrado aquéllos de su día, no estando en él.

—Aunque siempre sobran —respondió—, vuesa merced crea que son unos potentados, unos hombrones o magnates; unos, digo, que lo quieren ser todo, o piensan que lo son. Todo ostentación, mano sobre mano, cosqueándose de autoridad; muy apuntalados de

gaznate, mirando siempre al cielo, sin que se acuerden de Dios ni de las gentes ni de sí mismos. Y si se llega a apurar, el fundamento que sustenta toda esa máquina y majestad es el sudor del pobre que lleva toda la carga, y si éste les falta, verá vuesa merced cómo se quedan arrimados. Pues ya, si les queremos dar por almas a los que les ponemos por sustento, ¡qué almas tan cansadas, tan llenas de afán y trabajo por dar vida a aquella fantástica vanidad!

—He reparado, pienso que justamente —le dije—, en que con estos antojos he visto, entre lo demás, lo que ha muchos días que no se ve: algunos pocos hombres, digo, y menos mujeres, ellos con capas, gorras y calzas enteras, y ellas hilando.

Era ello así; y él, habiéndome escuchado atento, me respondió festivo que aquellos eran los verdaderos amantes, y que como hoy los afectos o efectos del amor, como tristeza, gozo, solicitud y los demás, sólo son por el interés y para el interés, fue necesario dar a entender que andaban los que amaban verdaderamente hoy, tan fuera del uso, como los hombres en aquel traje y las mujeres en aquel ejercicio.

Bulliciosas atravesaban entre las demás algunas personas con túnicas, unas blancas y otras negras, de capirotos empinados (o mochos). Estrañé lo desazonado del tiempo y túvelas por piezas grandes de ajedrez, o chimineas andando (por el forro o la costra), y acogime a la esposición de mi oráculo ordinario a saber la sinificación de lo que estrañaba.

Él me dijo que aquél, aunque era verdadero hábito de cofrades de las procesiones, allí era la figura en que se espesaban y daban a conocer los necios más impertinentes de los pueblos, que no hubo otra tan eficaz; y que sólo les faltaba para la perfección de lo sinificado el estar en sus cabildos; que allí no se podía ver, porque estaban en las calles.

Repliqué yo, ponderando la sutileza de los antojos: —Pues, señor, a los mismos cofrades ¿en qué figura los hemos de conocer?

—En la de los necios —dijo él—. Pero, por no confundir las profesiones, tratos y estados que tienen las suyas propias, no se vistieron de ellos en esa vista. Porque en todos hay infinitos necios, y no todos son cofrades, y a ellos basta conocerlos cuando verdaderamente van revestidos de sí mismos, fuera de que se guardó el decoro al instituto, celo y devoción; que eso siempre es prudente cuando es como se debe, y loable en quien se halla con prudencia y sin mezcla de impertinencias indecentes.

—Señor mío —le dije—, ¿cómo no vemos aquí, con estos antojos, eclesiásticos? Que no es posible dejen de andar algunos que lo parezcan en su forma peculiar, como las demás gentes.

Y respondió:

—Porque ésa había de ser de ángeles, y no la merecen nuestros ojos; y, para reverenciarlos, en cualquiera debemos. Y ellos no se dejan sobajar mucho de la vista humana, ni nuestra lengua ha de tocar de sus acciones más que alabanzas, por las soberanas ventajas que nos hacen en su oficio. Y, así, toda descortesía con ellos, fuera de tener tanto de impío y temerario, es ruda grosería y vileza de ánimo, como su respeto fue siempre espiritual y temporalmente de interese para el honor y reputación.

—Cierto que quisiera —dije— haber visto esta tarde algún señor, para ver si son lo que todos vemos y parecen, o si en figura suya andan otros.

—Vuesa merced no quiera —replicó— que le haya costado trabajo el verlo, que yo se lo diré: ni son lo que se ve ni es lo que parece; porque es más y es menos: menos el dinero que la ostentación, y más la ostentación que el dinero. Que el mayor señor no es hoy sino un esclavo de sus obligaciones. Por más cierto tengo que en figura suya andan, o quieren andar, muchos que, vistos sin el reparo de esos anteojos, no dirán sino que son señores, y, mirados con ellos, son figuras.

—Hoy, señor Licenciado —dije yo—, cada uno puede ordenarse de señor a título de su dinero, que es el alma de la honra que corre, aunque tirano de la razón. Pero, cediendo esta materia a los más especulativos, ¿no sabe vuesa merced qué me espanta?: Que no he visto dueñas.

—Si vuesa merced —respondió— está mostrado a grandes y perpetuas desgracias, mohínas y desventuras, con razón le espanta no haber visto canalla como ésa; pero no le pese, que más le espantara el verlas. Porque si vuesa merced viera en su forma propia a las que en el mundo tienen por dueñas, no le asegurara la vida, ni aun el alma: tal es de horrible, espantable y portentosa. No sé yo cómo explicarla, ni sé cómo el artífice de esos anteojos acertó a darles vigor para enseñar su verdadera figura; pero pienso que no lo acabó. Aunque esta seta pienso que se van extinguiendo algo y sustituyendo su malignidad en los escuderos: gente que, en fin, no trae tocas largas y se puede gastar en galeras, o sean rodrigones o cepas. Aunque si de éstos parecieran algunos, había de ser en figura de volatines, siempre esforzándose al gusto ajeno, aun en las ocasiones de mayor tristeza propia; danzando siempre al son que les hacen y sobre maroma, a riesgo de caer y matarse en cualquier mudanza, y casi siempre en camisa. Escuderos, digo, de los de más pundonor, que cursan los grandes palacios; que de esotra canalla escuderil, de la clase más civil, astrosa y material, bien pudiéramos echar mano, para conocerlos, de cuantos acarreadores de carne y otros de semejantes figuras encontráramos.

A este punto miré (era ya anochecido) por diferentes partes algunos que parecían hombres, y no sé si son diablos con su infierno auestas, cerniendo alquitrán y vomitando llamas. Esgremían unos montantes de fuego ahuyentando la gente, si bien todos morían por acercárseles a gustar de la fiesta y todos los rodeaban. Ya despedían un buscapiés por la tierra, ya un volador por el aire, ya el cohete a la ventana, con riesgo de abrasar la casa.

—¡Maldita fiesta, que siempre he de andar huyendo de lo que más deseo ver!

—¿Qué es eso? —me preguntó el Licenciado.

—Unos montantes de fuego —le respondí— que están salpicados por el lugar no sé a qué propósito, o si es regocijo. Riöse y reíme sin saber de qué se reía, porque supuse era con razón, como en todo.

—Ésos, amigo —me dijo—, ¿no ve que son los que tienen por maldicientes, que, aunque los conocemos y los tememos, morimos por verlos y oírlos, poniéndonos a peligro de que nos quemen por ver quemar a otros o nos tengan por quemados? Ya nos tiran a lo bajo de los pies, ya nos pasan por la cabeza. No dejan casa segura. Parece que alumbran de muchas

cosas y es fuego que abrasa, o puede abrasar con cualquiera cohete, y aun centella mal encaminada de la intención, no sólo una casa: un barrio, un pueblo y una provincia. Y cuando menos, nos chamusca el ferreruelo, nos tunde las barbas —y aun le hiciera a él provecho—, o desfundan las medias; nos dejan lastimados de escrúpulos. Tales son los montantes de sus lenguas, no hay volcán como la más moderada.

Mucho satisfizo a mi amigo la figura en que yo había visto a los maldicientes, que era la verdadera. Y no sé si se le abrieran las ganas de comer al olor, que siempre las hay para oír decir mal de otros, si la noche no se fuera haciendo hermana, porque pasaba ya de prima; conque tratamos de decender a tienta, porque los antojos sólo servían de alumbrar de las cosas y a su dueño entonces de ver que aquella es verdadera escalera, que no se lo parece a tantos.

Reservando yo para abajo saber, si fuese posible, el misterio de curiosidad tan importante, nueva y cierta, parose el señor Licenciado y dijo:

—Vuestas mercedes no se desconsuelen de ver cuán ciegos están; que el tiempo que corre es tal, que para la conciencia, la salud y el descanso no es de poca importancia, y el mismo tiempo corre de manera que se nos pierde de vista.

Tampoco se afrenten vuestas mercedes de parecer que no la tienen; que el mundo está ciego, y no es mucho que él haga ciegos a los que no lo siguen. El cual no es otra cosa que un teatro en que se representa la comedia o farsa de la vida humana, y el vestuario la tierra, de donde salimos a representar vestidos de hombres: éste el rey, aquél el pastor, el otro el mercader y, así, cada uno su figura; siendo los que miramos unos a otros, y todos ciegos, pues no vemos ni conocemos lo que somos hasta que nos volvemos a desnudar al vestuario de la tierra y al nada que antes, depósito común destos trajes, hasta el día en que se dé cuenta de la acción que a cada uno se le encargó.

Los unos procuramos hacernos ciegos a los otros. Nosotros mismos nos hacemos ciegos.

A los monarcas, a los reyes, a los príncipes y grandes señores y, de ahí abajo, a todos los que tienen dominio, ¿qué pretende el criado, el vasallo y todos los demás que los tratan, que hacerlos ciegos? Y éstos, ¿no están ciegos, pues no ven que la ruina que previenen es común? Y esas potestades, ¿qué procuran, sino hacer ciegos a sus inferiores y súbditos en sus acciones? Unos monarcas a otros, ¿no se esfuerzan, por sus particulares fines, a hacerse ciegos éstos a aquéllos?

El padre hace ciego al hijo (y aun fuera bien que lo fuera, para no aprender los vicios que ve en el padre) para gastarle el mayorazgo. Y el hijo hace ciego al padre para robarle la hacienda. El hermano al hermano, el amigo al amigo, porque lo es más de su mujer o su dinero.

El procurador, el agente y los demás oficiales de estirar pleitos todo lo que puede dar de sí el cuero de la bolsa, hacen ciegos para esto. El abogado, ¿no hace ciego al pleiteante dándole a entender que tiene justicia, o que sin ella tendrá buen suceso? ¡Cuántos jueces (de los malos hablo) ya no sólo nos hacen tuertos, pero ciegos nos quieren hacer, oscureciendo las leyes o por interese o por pasión! Y aun ellos se hacen ciegos muchas veces a los

regalos que reciben sus mujeres, que, como parte más flaca dende el principio del mundo, se nos da por allí la batería.

Echábanse los ojos a las leyes, ya se echan al dinero; y así, no hay ojos para las leyes. Pónense en muchas cosas, y, así, faltan para ver las que importa. ¿Qué ha de hacer de vista el corregidor para gobernar con rectitud, si la mujer o la hija le sacan los ojos por galas? Pues, hasta las varas tenían ojos un tiempo, y era necesario para que no lastimasen sin razón ni piedad, ni se viviese sin recato. Ya las varas son bordones que sólo sirven de arrimo, de sustento y de defensa.

El león dicen que, muchas veces, aunque tiene los ojos abiertos, está durmiendo, y entonces el nombre le guarda el sueño; conserva su autoridad la opinión sola de quien es, imagen de muchos príncipes. Ojos tiene la justicia, pero duerme a ratos; su nombre solo conserva su respeto. Bien atendió la ley a esta ceguera, pues no sólo quiso que hubiese vista en las causas, pero revista. Mas las vistas del mundo, señores, son hoy todas de aduana; que sólo tienen el nombre.

Todo este sentido, y aun los demás, están reducidos al tacto: hoy se juzga a ciegas, se cura a ciegas (aunque sanan pocas) y se vive a ciegas.

Y decendiendo a lo más menudo y particular, vuestas mercedes ¿no ven cómo se anda un ministro de justicia buscando ladrones y, estando entre ellos y conociéndolos, no los ve, aunque se entre por las plazas y los juzgados, y ande en sí?

Los alguaciles de vagabundos, ¿no son ciegos, pues no se prenden a sí mismos?

Los mercaderes, ¿no hacen ciegos a los merchantes, hurtándoles de la medida y peso? Y ellos, ¿no están ciegos pues no ven que se pierden por aquel camino, y que se los lleva el Diablo por peso y medida?

El regatón nos hace ciegos vendiendo gato por liebre, pudiendo él estar vendido (que de ahí vino el nombre en modo superlativo); y muchos nos hacen ciegos queriendo que no veamos cómo son regatones. Pues hasta las verduleras no sólo os hacen ciegos (¡qué vergüenza!), pero mudos; que llevándoos a más de las posturas y dándoos malo por bueno (porque nadie da de lo que no tiene) os mandan que lo calleis, y lo calláis y os perjuraís muchas veces.

Los avaros, pues, ¿no quieren hacer ciegos ascondiendo su dinero de manera que ni aun ellos lo ven?

Los astrólogos son más ciegos que todos, porque no sólo no ven que no ven, pero dicen que ven lo que aún no se ha visto, ni se ha de ver las más veces, dando a entender que hacen parar al Sol para tomarle la medida. Y no es mucho que estén tan ciegos los que, aun en las tinieblas, comunican siempre con tanta luz.

Pues ya los alquimistas, es cosa perdida y aun forzosa en ellos la ceguera, pues sólo tratan con humo y en humo, pegando su achaque a otros en sus promesas: enfermedad antigua de privados. Y también hay alquimistas de amor, ciegos al torno como su amor mental, y ciegos en los huesos y en el espíritu; estos son los devotos de monjas, a quien sucede — particularmente si son casados— lo que al perro de Esopo: que dejó el pedazo de carne

verdadero por la sombra de él cuando pasaba el río; pues no es otra cosa lo que ellos apetecen y quieren que sombras de carne.

Los que no tienen para qué hacernos ciegos, ni lo son ellos para esto sólo, son los sastres; porque éstos roban a ojos vistas y está reducido a práctica de su examen. Ni las hijas deste tiempo a sus madres, porque ambas pecan a coros, y de mancomún y a voz de uno.

Los maestros de armas son verdaderamente ciegos, y no diestros como ellos quieren, y lo que muestran es a ser ciegos con riesgo de la vida, pues quien menos ve en la ejecución es quien más aprendió en la teórica.

Por cuántas cosas nos hace la fuerza, o las obligaciones, o el respeto pasar ciegos por razón de estado, aunque sin razón muchas veces. La lisonja, el miedo, el apetito, los celos, la soberbia, cualquiera pasión, el amor propio, los años, los serenos y los hipócritas nos hacen ciegos. Y estos postreros son los que más ciegos hacen, y aun al mismo Dios parece que quieren hacer ciego.

¿Quién piensan que son los que sólo no están ciegos? Los que corporalmente no ven en el mundo, porque éstos, en efeto, son solos los que ven que no ven, aunque entre ellos también hay su hipocresía de ceguera, así porque muchos se hacen ciegos para ganar su vida, como porque la ganan rezando de ostentación y a voces: pretexto político muy practicado en estos tiempos.

Nosotros mismos, considérese en todos estos si nos hacemos ciegos: el rico se hace ciego con el pobre, y aun sordo y endemoniado por no darle limosna. Y el pobre con su misma pobreza, pues no ve que es pobre para no ser soberbio. El regidor se hace ciego con sus compañeros porque ellos se hagan ciegos con él y se aprovechen todos. ¡Cuántos maridos entran en casa y no ven los regalos y visitas que hallan en ella! Y ¡cuántas mujeres hay que no pueden ver a sus maridos! Y porque se vea cuán por ciegos nos tenemos unos a otros, adviértase que todos pecamos sin creer que unos a otros nos veamos.

Midió el buen Licenciado su discurso con la escalera, de modo que cuando llegamos a la puerta de la torre pareció que dio fin a él. Salimos fuera, rogando al portero que nos abriese las demás, y, llegando a la última, antes que se despidiese de nosotros, quise preguntarle lo que tan justo era saber después de haber visto tanto. Pero previno mi deseo con decir:

—Señores, yo soy el Maestro Desengaño. Vivo siempre por las torres más altas, particularmente donde hay relojes, porque en lo que ellos quitan doy yo avisos de importancia; que, en otra parte, aunque todos me desean, nadie me admite, porque tiene muy mala cara el desengaño: ya vuestas mercedes me ven. Estos antojos los labró la Esperiencia, el vidrio es de la misma Verdad; porque, aunque el de Venecia es muy claro, es demasiado de sutil, y allí, como todos los antojos son de ambición, turban la vista mucho. Nadie usa éstos, porque todos se guían por los suyos.

Yo le dije:

—Señor Maestro, mucho estimo haber conocido a vuesa merced. Suplícole me diga si en esta ciudad sola obran sus maravillas esos antojos, o en lo restante de España también.

—Para todo el mundo son —me respondió—, porque todo el mundo es uno.

—También me diga vuesa merced —le repliqué— si podrá cada uno verse a sí con ellos.

—A eso no me atrevo —dijo él—, porque nadie se ha desengañado hoy de sí, ni se ha querido conocer; que eso lo tiene todo tal. Bien sé que, si se viera a un espejo que yo tengo, no se había de poder encubrir de sí, por ser capaz de verse un hombre todo, dentro y fuera; que, en efeto, los espejos se hicieron para verse y componerse a sí, y los anteojos para ver y conocer a otros.

Penetrado me había el humor mi compañero, que, sin dejarme responder ni acetar oferta así estimable, dijo:

—Este caballero viene cansado —como aquel que bien lo sabía—, y es bien llevarlo a su posada. Vuesa merced, señor Maestro, se quede a Dios, que tiempo habrá para buscarle.

No estaba bien el culto, o bravo, con tanto desengaño; que era hora de cenar y, en fin, los cultos, bravos o mansos, suelen tener ganas de comer y aun no tener qué las más veces.

Dejé el Desengaño para otro tiempo, como todos, sin atreverme a saber en qué figura me vía él a mí con sus anteojos, pero dile las gracias de lo que conmigo había hecho, y fuime con mi amigo, ya menos urbano y familiar porque iba más mohíno y desengañado, y tan deseoso de dejarme como yo de tripularlo a él, aunque no era figura de mal manjar. Comencé yo, medió él y acabamos ambos. Díjome, con todo eso, su posada, con mucha seguridad de que no le buscaría, y no me preguntó la mía por hacerme merced de no buscarme. Pero quedamos de vernos en la otra vida; que él no debía ir para ésta ni me dejaba menos que para la otra.

Llegué al mesón ya tarde, sin preguntar por mi mula porque no me dijese que estaba allí. Pero, en fin, fui a ver si me había hecho alguien merced de llevársela, para bendecir al ladrón y tenerle lástima; que él se iba perdonado y aun con muchos méritos de añadidura. Pero hallela tan cosa mía todavía como lo demás que lo es —¡miren cuál es todo y cómo erré en creer que me pudo fallar!—; tanto la temía, aún lo poco que me duró el volverla al traidor de su dueño y restituirme yo a mi primero ser.

Si vuelvo a ver a mi maestro le pediré la palabra del espejo, y si la cumple con la obra y me viere en él, daré parte a todos puntualmente de cuál me viere.